

PEQUEÑOS SOLES **LUMINAN EL DÍA**

Rocío Prieto

El verano había terminado, las plantas que florecieron al final del invierno tenían pequeños frutos, en medio del patio trasero la higuera estaba rebosante de dulces higos, las gallinas y sus crías rascaban las raíces de los árboles buscando pequeños bocadillos y la bahía casi está al alcance de nuestras manos desde nuestra casa en Ensenada tiene la ubicación casi perfecta y los árboles que hemos sembrado en nuestro patio la hacen lucir como una postal, amo nuestro hogar, es bello nuestro pedacito de tierra. Recuerdo que hiciste hincapié en el huerto. “Al menos para eso servían los arbolitos”, me dijiste algunas veces señalando hacia los árboles de cítricos, una de tantas tardes mientras te tomabas tu café; con aquellas palabras tercas dijiste que los cortarías y a mí me daba mucho coraje, pues sus hojas eran tan verdes. La última semana de invierno los habíamos visto dar azahares, pero al llegar la primavera del 2016 llovió mucho y con tristeza vimos caer uno a uno cada uno de ellos, con lo intenso del sol de ese verano.

Y a la vez la alegría inundaba la casa al escuchar el tierno piar de los nidales de las gallinas, al ver florecer el granado. Nos olvidamos por completo del incidente con el pequeño huerto de limones.

Dijimos con esperanza “quizás el próximo año”, los días fueron pasando, una tarde de octubre mientras cortaba unas hojas de hierbabuena para hacer el caldo de albóndigas lo vi. Quería correr, contarte del hallazgo, era tan pequeño y brillante, tenía un verde intenso. Las telarañas de la plaga de arañas saltarinas lo habían protegido del inclemente sol y el verano tan lleno de los vientos de santana

Ese día llegaste muy tarde del muelle, lo recuerdo bien pues era raro que no llegaras a las 4:15 pm todos los días, y yo estaba apurada en preparar la cena, tenía que revisar las tareas de la niña, se me olvidó por completo contarte del hallazgo. Apenas si probaste un bocado de tu guiso favorito, caía el crepúsculo e hiciste un par de llamadas a tu hermana, te habían avisado de la muerte de tu padre y al recostarte un momento el cansancio hizo de las suyas; a la mañana siguiente, mientras les dabas de comer a las gallinas y cortabas unas hojas de los árboles de guayaba para hacerte un té, lo descubriste.

Recuerdo que tenías el rostro lleno de emoción, y hasta dejaste que las palomas se comieran el alimento de las

gallinas, las muy indinas se despacharon con la cuchara grande, entraban y salían del bote del alimento.

Me gritaste fuerte pero esta vez no fue como siempre lo acostumbrabas hacer. Tu grito era diferente, eufórico, llenó de ilusión.

— ¡Ven, cariño, mira, el limón tiene un pequeño fruto!

Salí de la cocina con la taza de café en mi mano izquierda, ya sabes que yo sin café no puedo concebir mi día, y fingí no saber nada, claro, no quería quitarte la emoción de haber visto tú primero ese pequeño hallazgo. Me sentí feliz, plena como casi nunca me siento a tu lado, ahora que vuelvo a recordar todo eso, sé que vimos juntos cumplirse el enorme deseo de ver dar ese primer fruto al huerto que tanto amábamos.

Recuerdo con tristeza que te tomé de la mano y nos quedamos largo rato observando la bahía, como en nuestros primeros años, cuando nos sentábamos por las tardes a planear lo que sería de este gran terreno de 50x50 que hoy hemos convertido en nuestro castillo. Hoy que está todo cercado, lo llenamos de árboles frutales y cactáceas, porque no queríamos dejar de criar gallinas para seguir recordando a tu padre, que falleció ese inicio del otoño.

Pero ahora no sé qué nos pasó, el pequeño limón despide cada mañana su cítrico aroma, las gallinas rascan sus raíces pero tú ya no sonríes, los hijos se han ido de casa. Rara vez me diriges la palabra, desayunamos en completo silencio, algunas veces la taza de café resbala de mis temblorosas manos y es entonces que esos gritos llenos de rabia, intentan oscurecer mis días. Pero al salir al patio veo de reojo nuestro árbol y en lo alto de su copa los pequeños soles iluminan de nuevo mi día. La felicidad me inunda, mis pulmones se llenan del salino olor a mar que despiden tus ropas, mientras las echo a la lavadora, los pollitos recién nacidos pían una y otra vez. ☹️

Rocío Prieto Valdivia (Mexicali, 1974). Escritora mexicana, promotora de lectura, imparte talleres infantiles y juveniles de escritura, lectura y arte. Directora de Arte Letras Migrantes, proyecto cultural independiente. Cofundadora del taller y proyecto Letras y Voces de Ensenada, grupo literario independiente de promoción cultural y editorial. Ha publicado en las revistas electrónicas y físicas *Monolito*, *La Piraña*, *Histeria*, *La Huella del Coyote*, entre otras. Autora de los libros *Sñar entre Mariposas*, *Sueños Lúcidos y Veinte Poemas Perdedores* y un instructivo que no sirve para nada. Radica en Ensenada, Baja California.